

los vientos y de las olas. Meses enteros se pasó emboscado en las selvas primitivas y en los agrios riscos embreñado para huir de la salvaje antropofagia. El tronco de un árbol sirvióle toda una noche de asilo como si fuese aquel santo sacerdote una feroz alimaña. Su cuerpo, apenas habia menester del alimento para sustentarse, nutrido por sus oraciones y por sus ideas. El sueño no se posaba en sus párpados, y de posarse, interrumpíalo con frecuencia el asalto continuo de la pesadilla y de los ensueños zozobrosos. Rivadeneira cuenta el asombro que tuvieron en Roma él y los suyos viendo llegar nada menos que un japonés converso por virtud de la predicacion del jesuita navarro. Era natural de Cangaxima y llamábase padre Bernardo por haber abrazado la Compañía. Y se hacia lenguas de la vigilia del apóstol, de sus ayunos continuos, de sus viajes eternos, de sus predicaciones á los Bonzos, de su arte en curar á los enfermos, y de su prevision que rayaba en el esplendor de una verdadera profecía. Muerto á la entrada de China, era natural que los auxiliados por su trabajo, que los portugueses quisieran llevárselo á las tierras índicas, donde habia evangelizado las gentes bárbaras con tan sublimes empeños y tan grande abnegacion. Así, le trasladaron desde las puertas de Canton á Malaca, y de Malaca despues á Goa, donde quedó su sepulcro, cual testimonio vivo de su fe.

Y mientras tales cosas pasaban, allá en la India, extendíase cada vez mas el incontrastable organismo religioso aquí en Europa. Un colegio se fundó por entonces en Módena y otro en Perusa. Como Lainez fuera en predicacion á Génova, el patriciado de la República pidió el envío de algunos padres jesuitas á Córcega, cuya poblacion levantisca é insolente necesitaba la palabra y el ejemplo. Lanzáronse los jesuitas en Córcega para componer las disidencias naturales entre aquellas gentes movedizas y se hallaron con la enemiga irreconciliable del clero. Muchos corsos, en parte del estado laico, pero en su mayor parte del estado eclesiástico, depusieron contra la nueva Compañía y reclamaron su alejamiento de aquellos sitios donde atizaban las pasiones en vez de sosegarlas. No perdonan los historiadores de la órden á quienes así los denuestan, y llámanles gentes indóciles, en cuyo ánimo la verdad era cosa bien amarga y la correccion cosa bien desabrida. Mas hallábase, por aquel tiempo, la Europa católica enteramente al arbitrio del espíritu reacciona-

rio, y no podian contrastar los esfuerzos aislados el vigor de la tendencia universal.

Continuaron, pues, los progresos y las prosperidades incesantes del jesuitismo. Evora tuvo un colegio en competencia con Coimbra, gracias al infante D. Enrique de Portugal, hijo de D. Manuel y hermano de D. Juan III, á la sazón reinante. Ciento veinte jesuitas componian su numerosa comunidad. Y á fin de que Coimbra no quedase atrás, añadiósele una casa de probacion, donde se amaestaban los novicios, y fundóse tambien otra en Lisboa y un colegio adjunto á fin de que nada envidiase tan poderosa ciudad á Evora y á Coimbra.

En Castilla creció con grande crecimiento la Sociedad jesuítica. El año 1553 tuvo principio el colegio de Avila y tambien el de Córdoba, primero de la Compañía, en tierras andaluzas. Los condes ilustres de Feria y los marqueses de Priego contribuyeron mucho á la fundacion del colegio. Y su trabajo de cooperacion era tanto mas extraño cuanto que se oponia con tenacidad el dean D. Juan de Córdoba. Véase cómo cuenta este hecho el padre Rivadeneira: «Como supo este caballero que dos della habian venido á Córdoba, mandólos buscar y convidar á comer, y esto, (como él decia despues) con intencion de inquirir y saber nuestras cosas, por ver si eran conformes á su opinion. Venidos, les ruega y les hace fuerza, que quieran posar en su casa, y ellos le obedecieron. Mirábalos curiosamente, y estando con ellos, sacábalos á plaza en muchas materias, y cuando estaban solos acechábalos secretamente de dia y de noche por ver qué hablaban y hacian, en qué se ocupaban y cómo vivian. Oyó y vió tales cosas en ellos, que, donde pensó coger, quedó cogido, y entendió que Dios le habia tomado en la red que tendia á los otros. Movióse con las pláticas y ejemplos de aquellos dos, padre y hermano, de suerte que todo el odio y aborrecimiento, que le parecia antes tenerles, se le trocó Dios en verdadero amor y gran reverencia. Dentro de pocos dias hizo donacion á los nuestros de las casas de su morada, que eran muy grandes y suntuosas, y con ellas les dió ornamentos preciosos, y piezas de oro y de plata, que él tenia en gran número para el servicio de la Iglesia, señalándoles la renta que pudo para fundacion del colegio. Y esto con tanta aficion y voluntad, que decia que ni podia comer

ni dormir, ni velar ni hacer otra cosa, sino pensar en el colegio; y así vino á hacer esto en tan breve tiempo que fué grande espanto el que en todos causó la súbita mudanza así de su vida como su voluntad y opinion para con nosotros. Porque ni él habia primero encubierto la poca voluntad que nos tenia, ni lo que despues hizo podia ser secreto, por la grandeza y autoridad de su persona, que en España era tan conocida.» Al colegio de Córdoba unióse tambien el colegio de Sevilla; y al colegio de Sevilla el colegio de Plasencia; y al colegio de Plasencia el colegio de Cuenca; y al colegio de Cuenca la casa de Simancas, trasladada luego á Medina del Campo. Y no solo en Castilla, en Aragon tambien, prosperó la Compañía fundando una casa en Zaragoza y otra casa en Monreal, ciudad perteneciente á los dominios aragoneses en Sicilia. Y tras Sicilia fué Génova, porque, concedores en todas partes los jesuitas de la mayor influencia personal, apoderáronse del ánimo de los Dorias, y les constriñeron á proteger y amparar su instituto.

Ya estaba, pues, instituida en el mundo la formidable Compañía, como una gran milicia en armas, dispuesta por completo á expugnar y rendir el pensamiento libre. Así, en Inglaterra sostendrán á los Estuardos contra los Tudores; en Francia sostendrán á los Guisas contra los Colignis; en Holanda sostendrán á los Austrias contra los Oranges; en Alemania sostendrán á las cortes de Viena y Munich contra los electores protestantes y revolucionarios, representando en todas partes el mas exagerado ultramontanismo y conteniendo á muerte con las ideas mas vivas y mas propias del espíritu moderno. Por ley natural indeclinable, hallándose frente á frente de la Europa civilizada, eran una contradiccion irreconciliable de todo punto con el espíritu moderno. Pero como no limitaban sus trabajos á Europa, sino que los extendian y dilataban tambien por Asia y por Africa y por el recién descubierto Nuevo Mundo, los mismos esfuerzos, que aparecian en una parte como rémoras, aparecian en otra parte como progresos de la civilizacion universal. Sombras en Europa, eran luz y vida en Africa. Pocas obras tan grandes, pocas tan saludables, pocas tan pródidas en la historia humana, como los viajes de estos Pizarros y de estos Vascos del espíritu á la conquista y dominacion de tribus esparcidas por los desiertos y por las selvas, donde no habia penetrado ni el resplandor de la cultura moderna ni el Verbo de la idea cris-

tiana. Tendria conocimiento incompleto de los jesuitas quien dejase de acompañarlos y seguirlos en estas expediciones temerarias, las cuales parecen como inventos fantásticos de la leyenda y de la fábula.

Es necesario leer las expediciones en los primeros historiadores de la órden para comprenderlas y alcanzarlas en toda su nativa y original verdad. Imaginaos un desierto de Africa, sin vegetacion y sin humedad, despoblado de criaturas humanas y poblado de brutos carniceros, donde la sed y el hambre os aguardan con todas sus torturas y la muerte cruel os atisba con todas sus asechanzas; expuesto á cada minuto al empuje y embravecimiento de los terribles simounes encendidos como la respiracion de ciclópeos volcanes, que levanta las arenas, cuya pesadumbre os asfixia y ahoga bajo sus estériles sudarios, tan fáciles de remover y de alzar en aquellos tristes y ponzoñosos territorios.

Pues luego internaos en las selvas primitivas del Brasil y del Paraguay, ó en las riberas del Amazonas y del Orinoco; la tierra húmeda se hunde bajo los piés; las lagunas pestilenciales exhalan sus aéreos venenos por todas partes; las ramas de los árboles primitivos, cubiertos por el follaje de las enredaderas y de las lianas, se tejen y entrelazan para oponeros incontrastable resistencia; surgen de las flores mas bellas los insectos mas devoradores; tiéndense por las yerbas mas verdes, casi confundidos con sus cintas, los reptiles mas asesinos; el rayo tropical azota con su látigo de fuego las selvas, y el terremoto continuo hace vacilar y estremecerse, como tocados y heridos de una epilepsia, los suelos inhospitales, al par que os asaltan especies enteras de alimañas exterminadoras y que os sorprenden los salvajes hambrientos de matanza y ávidos, como los dioses malos en las teogonías antiguas, del combate y del exterminio. Si nos asombran y nos maravillan á una con razon los héroes de la Noche Triste, los viandantes de las altísimas cordilleras, los descubridores del paso de Magallanes por la tierra y de la Cruz del Sur en el cielo, aquellos que nos han traído con sus espadas y con sus milicias el imperio de los Aztecas y el imperio de los Incas, ¡oh! cuánto mas no deberán maravillarnos estos pacíficos apóstoles de la idea, con su bonete por todo casco, su triste sotana por toda coraza, su crucifijo por todo instrumento de guerra, que arrostran las inclemencias de los elementos con las crueldades de los hombres, y que van

resueltos, no á matar como los soberbios conquistadores, sino á morir como los humildes y desdichados mártires.

Ya hemos dicho que para estudiar estas proezas de la orden se necesita resueltamente acudir á sus mas ingenuos y sencillos historiadores. En ellos debe inspirarse todo aquel que quiera comprender lo maravilloso del jesuítico esfuerzo por la cristianizacion y bautizo de las mas apartadas regiones. Allí verá cómo derramaban estos disciplinados milites de Ignacio su hirviente sangre por las inexploradas selvas del Brasil. Allí verá cómo el hermano Pedro Correa y el hermano Juan de Sosa, portugueses los dos, yendo á predicar el Evangelio á los pueblos ibirrajaros, caen asaetados en el momento mismo en que plegaban sus manos sobre el pecho y ponian sus rodillas en tierra como para hacer del Universo un templo y elevar las ideas en alas de sus oraciones á Dios. No es menos curioso el ministerio encomendado al Padre Juan de Nuñez, segun lo refieren los historiadores del tiempo. La crítica histórica tendría mucho que observar en sus indagaciones de hoy respecto á la grande antigüedad que los jesuitas quieren dar al Cristianismo en las regiones de Etiopía. Cierta que las Actas de los Apóstoles refieren cómo San Mateo en persona y Candaces bautizado por San Felipe mismo, evangelizaron á los etíopes. Mas en las referencias que los jesuitas hacen de la religion etiópica, descúbrese á seguida cómo confunden y mezclan aquellos negros las creencias idolátricas con las creencias judías, las creencias judías con las creencias mahometanas, las creencias mahometanas con las creencias alejandrinas, y ponen sobre todo un baño bien superficial y ligero de cristianos dogmas. Julio III, que no se daba punto de reposo en esto de proteger y amparar á los jesuitas, invistió con el patriarcado de la confusa Etiopía nada menos que á Juan de Nuñez, otro de los discípulos predilectos de Ignacio, muy estimado ya de la Compañía por haber ido en demanda y busca de cautivos al imperio marroquí, donde hizo verdaderos inolvidables sacrificios.

Mas las dos misiones características de la Sociedad de Jesus, ¡ah! son las dos en la China y en el Paraguay respectivamente. Ninguna obra, que tanto muestre la grande actividad mezclada con la tenaz constancia, ninguna obra. El Africa yerma y estéril, como el Asia henchida de recuerdos y la joven América de grandiosas esperanzas henchida, fueron á una en la malla espesa

del complicado y difícil organismo jesuítico envueltas. Sus misiones pasan por lo rápidas; y sus triunfos, de no haber sido en su mayoría tan fugaces, apenas podrian hoy, no ya creerse, pero ni siquiera imaginarse por la imaginacion mas exaltada. La vehemencia de los supersticiosos, mézclase por verdadero milagro en ellos con la perfidia de los estadistas. Ningun mártir capaz de llegar á tanta exaltacion y ningun político, ninguno, capaz de tantas previsiones y cálculos. Las contradicciones mas dispares mézclanse con asombro del mundo en la obra maravillosa de estos apóstoles. Jamás estuvieron tan cerca la abnegacion y la habilidad. Es cierto que, algunas veces, apelaron á la jurisdiccion política de los gobernadores y á la fuerza incontrastable de las armas, cual hizo en Goa San Francisco Javier; pero tambien es cierto que otras muchas veces solo tuvieron para su defensa y para su propaganda la palabra y la idea, como para premio de sus obras y para lustre de sus nombres, el sacrificio y el martirio. Cierta tambien que muchas veces atendian estos misioneros materialistas antes á un bautizo externo que á una interna conviccion. Bastábales con que los labios declararan la verdad religiosa del Evangelio, aunque tal declaracion jamás llegase á los hondos senos del alma, donde verdaderamente arraiga toda idea religiosa. Cinco años duraron los viajes de Francisco Javier, cinco años, en que no descansó una hora su febril inquietud. Ya le sirvieron de apoyo las armas de las milicias portuguesas; ya el poder de las autoridades políticas y civiles de aquella monarquía; pero muchas otras veces fiólo todo al milagroso efecto de su palabra y á la virtud creadora de su ejemplo. Y fuesen sus motivos y sus actos los que quiera, no puede dudarse, no, de su aptitud, sobrenatural cuasi, para iniciar esas peregrinaciones religiosas y evangélicas, las cuales pasaban mas que convencian á los pueblos, y por cierto tiempo los inclinaban á una doctrina con propensiones invencibles, aunque pasajeras, pues, al fin y al cabo, reinaban con su imperio natural sobre aquellas tribus el temperamento propio, la religion recibida, la naturaleza externa, y las supersticiones históricas.

Hasta en las obras y empeños del apostolado asiático se muestra la índole de los jesuitas mundana y ascética, vehemente y hábil, con presentimientos proféticos y cálculos matemáticos, mezcla informe de abnegacion individual y de tristísimo egoismo. Nada tan curioso en la historia del mundo como el